

La pasión por la verdad en la formación sacerdotal según Joseph Ratzinger

Jacobo Muñoz, L.C.

Licenciado en filosofía por la Pontificia Universidad Gregoriana y en teología por el Ateneo Pontificio Regina Apostolorum. Durante años ha trabajado en la formación de seminaristas, en Colombia, en Roma y en Estados Unidos.

1. Introducción

No nos debe llamar la atención que, con motivo de los 70 años de Joseph Ratzinger, entonces prefecto de la Congregación de la Doctrina de la fe, un grupo muy selecto de escritores de todos los ámbitos, eclesial, filosófico, teológico, laico, escribieran entre todos un libro titulado *Alla scuola della Verità*. Si por algo se ha caracterizado el Papa emérito Benedicto XVI es por su incansable búsqueda y defensa de la verdad. Es un tema que siempre le ha preocupado, desde sus tiempos como profesor: construir la vida sobre la roca firme de la verdad frente al relativismo reinante en la cultura que tanto perjudica al hombre.

Esta convicción ha estado siempre presente en su vida. En 2004, siendo entonces Prefecto de la Congregación para la doctrina de la fe, tuvo un intercambio de conferencias y cartas con Marcello Pera que quedó reflejado en el volumen *Senza radici*, en el que Ratzinger calificará la falta de verdad y el relativismo como «el gran problema del mundo occidental»¹.

Si este relativismo hace tanto daño a la cultura actual, también afecta a todos los jóvenes que entran en los seminarios y que serán un día los sacerdotes responsables de llevar el mensaje del Evangelio a la humanidad. Por eso, he querido investigar más a fondo este tema de fundamentar la propia vida en la verdad en la formación sacerdotal a la luz de las enseñanzas de Benedicto XVI. A él le correspondió vivir un período de gran desorientación en los seminarios, de gran crisis en el sacerdocio, especialmente en los años del postconcilio, y ver también cómo con el tiempo las directrices del Concilio Vaticano II se iban aplicando cada vez con más acierto llevando a una renovación de la formación sacerdotal en todo el mundo. ¿Qué enseñanzas nos ha dejado Joseph Ratzinger

¹ M. PERA – J. RATZINGER, *Senza radici, Europa, relativismo, cristianesimo, islam*, Mondadori, Milano 2004, 97. Las traducciones son mías.

en relación a la formación de los sacerdotes? ¿Cómo podemos aplicarlo a los seminaristas de hoy día? ¿Cuál fue su experiencia en el seminario?

En la edición de las obras completas de Joseph Ratzinger, la *Libreria Editrice Vaticana* dedica un tomo entero, el volumen XII, para hablar del sacramento del orden sacerdotal, de la teología y del ministerio presbiteral, unido a un gran número de conferencias, de homilías y meditaciones sobre el sacerdocio. Dedicó incluso una parte a hablar específicamente de la formación en los seminarios. Junto a este volumen está la colección de encuentros que en tantas ocasiones en visita a su seminario en Roma o dirigiéndose a los sacerdotes y seminaristas en sus visitas apostólicas a las diferentes regiones de Italia y a tantos países, trataba siempre de encontrar un momento de encuentro con el clero local, con los religiosos y seminaristas de aquel país. En 2017, el P. Pietro Rossotti editó un libro que recoge los textos más relevantes sobre el tema de la formación de los seminaristas; desde su punto de vista, tal y como dice en el prefacio a este libro, la gran tentación es pensar en la formación de los seminaristas como un problema técnico, y es ahí donde el Papa Benedicto con sus indicaciones y sus intuiciones nos llevan a la esencia de la formación sacerdotal, a la verdad de la identidad sacerdotal².

Este es un tema de crucial importancia para la Iglesia hoy día y para la Iglesia de todos los tiempos. Los pastores serán testimonios de la verdad, transmisores de la teología al pueblo de Dios, los defensores de la verdad que es Cristo frente a las doctrinas extrañas o al relativismo reinante.

La mirada y la experiencia del Papa Benedicto, que brotan de su propia formación, de los largos años pasados como profesor en diferentes facultades teológicas, del período de su vida como arzobispo y como pastor supremo de la Iglesia universal, nos deja una riqueza inmensa de enseñanzas y de principios formativos para aplicar en la formación de los aspirantes al sacerdocio. Si bien los temas que aborda en relación con la formación sacerdotal son muchos, he querido utilizar esa columna central de su pensamiento acerca de la búsqueda de la verdad y la pasión por la misma como punto de vista desde el cual ver sus principios fundamentales sobre la formación de sacerdotes.

Con este fin, he querido tratar de profundizar en este tema viendo primero la experiencia personal en la formación del joven Joseph Ratzinger, especialmente en su paso por el seminario. Pienso que el ambiente de falsedad en el que creció en el ambiente

² BENEDICTO XVI, *Called to Holiness, on love, vocation and formation*, The Catholic University of America Press, Washington D.C. 2017, vii.

de la Alemania del Tercer Reich tuvo que marcarle profundamente y le llevó a ser un profundo buscador y defensor de la verdad. Una segunda parte la dedicaré a la búsqueda y la experiencia de Dios, Verdad última, para el futuro sacerdote. Sobre esta experiencia personal de Dios tendrá que construir toda su vida. Una verdad última que es también misterio, que requiere abandonarse a Él, que necesita de la fe, quitarse las sandalias para acercarse a Él y para comprenderle mejor. La tercera parte estará dedicada a hacer la verdad sobre sí mismo. Toda la experiencia del seminario está orientada a hacer la verdad sobre sí mismo, para evitar construir sobre las arenas movedizas del subjetivismo, del relativismo, o una falsa libertad tan promovida por la cultura actual. La experiencia del seminario, el encuentro con los demás, el formar parte de una comunidad más amplia, la apertura de mente que requiere esa experiencia será el camino para el seminarista para encontrarse a sí mismo y descubrir mejor quién es con objetividad.

Si el Cardenal Ratzinger no duda en afirmar que la gran enfermedad de nuestro tiempo es el ser pobres de verdad, los seminaristas deben formarse para ser ricos en verdad, para construir su vida sobre la verdad y poder llevar a los hombres al encuentro de la Verdad.

2. La experiencia de la fidelidad a la verdad en la propia formación

a. El seminario menor

El joven Joseph Ratzinger ingresó en el seminario menor de Traunstein a los 12 años, en 1939, impulsado por el ejemplo de su hermano que le había precedido en el mismo seminario y la invitación insistente de su párroco que sin duda veía en él las cualidades necesarias para una posible vocación sacerdotal³. Desde pequeño había crecido en el seno de una familia tradicional católica y había hecho la experiencia sencilla de la fe, de las tradiciones y de las fiestas litúrgicas de su querida Bavaria. En su libro autobiográfico⁴ narra con candor sus experiencias de niño, el ambiente familiar y cómo la experiencia de Dios fue creciendo en él de una manera natural. El testimonio de los sacerdotes que había conocido tuvo un influjo decisivo sobre él. Las tradiciones religiosas en el pueblo reflejaban la simbiosis entre la vida campesina y la fe de la

³ Cf. J. RATZINGER, *Mi vida, autobiografía*, Ediciones Encuentro, Madrid 1977, 54.

⁴ Cf. *Ibid.*

Iglesia: nacimiento y muerte, matrimonio y enfermedad, siembra y cosecha, todo estaba comprendido en la fe⁵.

Cuenta por ejemplo cómo en el tiempo de Pascua, todos los miembros de la Iglesia en el pueblo acudían a la confesión, desde los grandes campesinos, los verdaderos propietarios de la tierra, hasta la genta más sencilla y humilde. Todos se arrodillaban en el confesionario, los terratenientes al igual que sus criadas y criados. Delante de Dios y del sacerdote, en ese momento de humillación de la persona, las diferencias sociales no existían⁶. Por este motivo no nos debe llamar la atención esa respuesta generosa a la invitación del sacerdote de ir al seminario, a pesar de las dificultades económicas que eso suponía para sus padres, dado que tenían que pagar por la formación en el seminario, además del sacrificio de no contar ya en la casa con los dos hermanos que se habían marchado para servir a Dios.

b. Un mundo en conflicto

Sin embargo, los pequeños Ratzinger no crecen aislados de la realidad política y social de su país. En 1939, cuando Joseph entra el seminario, su país comenzará una guerra mundial que marcará el rumbo de la historia del siglo XX y dejará secuelas en la geografía y política mundial de las siguientes décadas. Es en este ambiente donde el pequeño irá forjando ya desde esa edad el amor por la verdad. A causa del régimen del Tercer Reich, el seminario tuvo que cerrar en varias ocasiones, interrumpir los estudios o trasladar la sede del seminario temporalmente. Los estudiantes tendrían que volver a sus casas en repetidas ocasiones, adaptarse a la situación, buscar otros lugares donde continuar la propia formación o estudiar por su parte. Así pasaron los siguientes 6 o 7 años, hasta el final de la guerra y del Tercer Reich. Lo que les presentaba el Estado todopoderoso como el ideal de una nación perfecta contrastaba con sus convicciones más profundas. La Iglesia hizo todo lo posible por dismantelar la falacia y la mentira del nacionalsocialismo.

Ya entonces empecé a darme cuenta de que con la lucha en defensa de las instituciones desconocían en parte la realidad. Porque, en efecto, la sola garantía institucional no sirve para nada, si no existen las personas que la sostengan con sus propias convicciones personales⁷.

⁵ E. GUERRIERO, *Benedict XVI, his life and thought*, Ignatius Press, San Francisco 2018, 39.

⁶ Cf. J. RATZINGER, *Mi vida, autobiografía*, 56.

⁷ J. RATZINGER, *Mi vida, autobiografía*, 52.

Algunos profesores se habían entusiasmado con las nuevas ideas e intentaban imponerlas a todo costo; por otra parte, otros ancianos del pueblo se resistían a dejar sus convicciones más profundas. En su casa, su padre desde el inicio se opuso al nuevo régimen y sirvió de guía segura para sus hijos.

c. *El paso al seminario mayor*

Llegando el final de la guerra, el joven Ratzinger fue llamado a prestar servicio a su patria y él mismo hará la experiencia que tuvieron que hacer la gran mayoría de jóvenes alemanes de su edad. Muchos años más tarde contará cómo en diciembre de 1944, cuando le llamaron al servicio militar, el comandante de la compañía les preguntó a los jóvenes reclutas qué querían ser en el futuro. Cuando Joseph respondió que quería ser sacerdote católico, el subteniente replicó «entonces tiene usted que buscarse otra cosa. En la nueva Alemania ya no hay necesidad de curas»⁸. El joven Ratzinger sabía que esa «nueva Alemania estaba llegando a su fin y que después de las devastaciones tan enormes que aquella locura había traído al país, habría más que nunca necesidad de sacerdotes»⁹.

En otra ocasión cuenta cómo apenas cuando tenía 14 años, varias personas empezaban a contar historias de personas que comenzaban a desaparecer. Un día los nazis llegaron a recoger a uno de los primos hermanos de su padre, que había nacido con síndrome de Down, y al poco tiempo llegó la noticia de que había fallecido. A otra persona cercana a la familia que había caído en demencia cuando falleció su esposo se la llevaron y «murió» al poco tiempo. Esas falsedades del régimen nazi no podían dejar de tener una huella profunda en el joven seminarista.

Mis años de *teenager* fueron arruinados por un régimen funesto que pensaba tener todas las respuestas; su influjo creció –filtrándose en las escuelas y los organismos civiles, así como en la política e incluso en la religión– antes de que pudiera percibirse claramente que era un monstruo. Declaró proscrito a Dios, y así se hizo ciego a todo lo bueno y verdadero. Muchos de los padres y abuelos de ustedes les habrán contado el horror de la destrucción que siguió después. Algunos de ellos, de hecho, vinieron a América precisamente para escapar de este terror¹⁰.

⁸ BENEDICTO XVI, *Encuentro con los seminaristas del Seminario Mayor Romano* (17 de febrero de 2007).

⁹ *Ibid.*

¹⁰ BENEDICTO XVI, *Discurso en el Seminario de San José, Yonkers, Nueva York con ocasión del encuentro con los jóvenes y seminaristas* (19 de abril de 2008).

Esta experiencia de la guerra, del totalitarismo del Tercer Reich, de la mentira sistemática como forma de gobierno que llevó a cuatro millones de sus compatriotas a dar sus vidas por la utopía del triunfo del Reich, dejó en el joven Joseph una huella que no se borrará. Poco después también conocería más de cerca las consecuencias de otro sistema totalitario, el comunismo y los estragos que causarían en naciones enteras y en gran parte del mundo. Ante esta experiencia de la mentira y del sufrimiento causado por la misma, en el corazón del joven seminarista se fue afianzando cada vez más el deseo de fundamentar su vida y la vida de sus hermanos los hombres en la roca sólida de la verdad.

d. Sus inicios como profesor

Otro episodio que muestra cómo esa pasión por la verdad se fue forjando desde el inicio de su formación fue la presentación de su tesis doctoral para la habilitación como profesor de teología. En su biografía, Ratzinger lo presenta como uno de los episodios más difíciles de su vida, de hecho, él mismo lo llama «el drama de la libre docencia»¹¹.

Su tesis era la puerta que abriría el paso a su futuro como maestro de teología. El joven aspirante a profesor siempre se había interesado por San Agustín, por lo que pareció natural que el tema fuera sobre Buenaventura, más concretamente el concepto de revelación. Sin embargo, su propuesta sobre el actuar histórico de Dios en el cual la verdad se revela gradualmente, siguiendo a Buenaventura, era novedosa y algo arriesgada en las posturas teológicas de aquel tiempo. Él era consciente de la oposición que esto engendraría. Comportaba un riesgo mayor en cuanto que sus padres habían dejado el pueblo donde vivían y donde habían establecido su amado hogar y se habían trasladado para vivir con él, contando en su nueva misión como profesor de teología. Sin embargo, por su fidelidad a la verdad y a su propuesta teológica, fue capaz de poner en juego todo su futuro académico y el proyecto de su vida por lo que él sentía que Dios le pedía.

El revisor de su proyecto de tesis la rechazó «porque no respondía a los criterios de rigor científico requeridos para las obras de aquel género»¹². Para el aspirante a profesor fue como si le hubiese caído un rayo desde el cielo sereno. Sin la tesis para la habilitación no podría ser admitido a ser profesor y su futuro quedaba en entredicho, ¿debería renunciar a ser profesor? ¿qué haría con sus padres que habían dejado su casa para trasladarse allí con él?

¹¹ J. RATZINGER, *Mi vida, autobiografía*, 119.

¹² J. RATZINGER, *Mi vida, autobiografía*, 124.

Sus proyectos para el futuro, todos orientados a la enseñanza de la teología, habían sido fallidos. Su tesis fue considerada como muy progresista, teniendo en cuenta que todavía quedaba la sombra del modernismo en la teología de entonces y algunas de las propuestas de Ratzinger eran consideradas muy innovadoras. Fue entonces cuando revisando las correcciones que le había hecho el profesor se dio cuenta de que la última parte no tenía muchas modificaciones y decidió presentar nada más esa parte de la tesis que había preparado y que en sí misma tenía la materia suficiente. Esto le sirvió para pasar la habilitación y pudo comenzar a ejercer como profesor, pero quedó claro que él no podía renunciar a lo que él creía que era justo, fundado en el estudio y la tradición de la Iglesia y los padres apostólicos, en obediencia a la Iglesia.

Pienso que este es otro episodio donde el joven profesor va forjando su pasión por la verdad, a pesar del costo de poner todo su futuro en juego. Me viene a la mente aquí el ejemplo de otro gran teólogo del siglo XX, Henri De Lubac, que tuvo que sufrir la incompreensión y la sospecha por parte de la Iglesia. En su caso fue acusado formalmente de modernismo. Le quitaron la facultad de enseñar y sus libros fueron retirados de las escuelas y de los institutos de formación. A pesar de eso, De Lubac no perdió nunca su amor por la verdad y su fidelidad y veneración por la Iglesia¹³. Su Santidad Juan Pablo II lo creará Cardenal en 1983.

Como profesor, Ratzinger también menciona cómo le ayudó la lectura de la obra de John Henry Newman respecto a la formación de la conciencia y la experiencia de su fidelidad a la verdad. Un profesor compañero suyo, Alfred Läpple, llegó a decir que en aquellos años en torno a 1946 no era un estudio más, sino que era su pasión. «La doctrina de Newman sobre la conciencia se convirtió entonces para nosotros en el fundamento de aquel personalismo teológico, que nos atrajo a todos con su encanto»¹⁴. Su coherencia con la verdad llevó a Newman a grandes sufrimientos y persecuciones en todo el proceso hacia su conversión del protestantismo al catolicismo¹⁵. En este proceso, en la búsqueda de la verdad que le llevó a la fe católica, tuvo que dejar sus amistades, su cultura tradicional protestante y todo un sistema de vida.

¹³ H. DE LUBAC, *Meditaciones sobre la Iglesia*, Ediciones Encuentro, Madrid 1980, 81.

¹⁴ J. RATZINGER, *Discurso con motivo del centenario de la muerte del cardenal John Henry Newman*, Roma 28 de abril de 1990.

¹⁵ Cf. F. RODRÍGUEZ GARRAPUCHO, «John Henry Newman, pensamiento y corazón en búsqueda de la verdad en Corintios XIII», *Revista de teología y pastoral de la caridad* n. 126 (2008), 395.

e. Cooperatores veritatis

Toda esta experiencia personal en el seminario y después en sus años de profesor quedarán plasmadas en la elección de su escudo cuando es llamado a ser arzobispo de Munich. En el mismo, la leyenda *Cooperatores veritatis*, tomado de la Tercera Carta de San Juan «por eso debemos acoger a tales personas, para hacernos colaboradores en la obra de la Verdad» (3Jn 1,8), expresa el rumbo que quiso dar a su ministerio episcopal y luego pontificio.

Esto quedó aún más de manifiesto cuando en la homilía ante los cardenales electores el 18 de abril de 2005, en la Misa *Pro eligendo Summo Pontifici*, comentará cómo los últimos decenios de la vida del mundo y de la Iglesia se han visto marcados por un relativismo galopante que es en el fondo una falta de verdad, confundida entre un gran número de vientos de doctrina. Mencionaba que el pensamiento de los hombres de ese tiempo y el de muchos cristianos había sido zarandeado por las olas del marxismo, del liberalismo, del colectivismo, del individualismo, del misticismo religioso y del agnosticismo.

A quien tiene una fe clara, según el Credo de la Iglesia, a menudo se le aplica la etiqueta de fundamentalismo. Mientras que el relativismo, es decir, dejarse «llevar a la deriva por cualquier viento de doctrina», parece ser la única actitud adecuada en los tiempos actuales. Se va constituyendo una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y que deja como última medida solo el propio yo y sus antojos¹⁶.

Para el Cardenal Ratzinger, hablando al resto de los cardenales que se disponían a elegir al próximo Papa, uno de los grandes retos para la Iglesia de entonces era hacer frente a ese relativismo reinante y que amenazaba con infiltrarse también en algunos sectores de la Iglesia. Es providencial cómo los cardenales entendieron también, a la luz del Espíritu Santo, que el hombre para guiar a la Iglesia en los próximos años era el mismo que les estaba hablando.

En su homilía continuaba explicando que, frente a ese relativismo, como cristianos tenemos la medida del Hijo de Dios, el Hombre verdadero. No es madura una fe que sigue las olas de la moda y la última novedad; adulta y madura es una fe profundamente arraigada en la amistad con Cristo. Cristo como Dios no es solamente amor. En Él coinciden la verdad y la caridad. En la medida en que nos acercamos a Cristo, también en nuestra vida, la verdad y la caridad se funden. La caridad sin la verdad sería ciega; la verdad sin la caridad sería como címbalo que retiñe. Algo que en

¹⁶ J. RATZINGER, *Homilía en la Misa «Pro eligendo Pontifice»* (18 de abril de 2005).

la misma homilía mencionaría de paso, lo haría después el título de una de sus encíclicas, *Caritas in veritate*, «El amor –«*caritas*»– es una fuerza extraordinaria, que mueve a las personas a comprometerse con valentía y generosidad en el campo de la justicia y de la paz. Es una fuerza que tiene su origen en Dios, Amor eterno y Verdad absoluta»¹⁷.

De ahí que nuestra misión en el fondo sea ser cooperadores de la verdad, *cooperatores veritatis*. Esta misma idea la repetirá constantemente durante su Pontificado; años después, ya casi al final del mismo, volverá al mismo tema al publicar su mensaje para la jornada mundial de la paz. No se puede construir un mundo en la justicia y la paz si falta la educación en la verdad y la libertad. Para ejercer su libertad, el hombre debe superar por tanto el horizonte del relativismo y conocer la verdad sobre sí mismo, sobre el bien y el mal.

Hoy en día, un insidioso obstáculo en la educación es la masiva presencia en nuestra sociedad y cultura de ese relativismo que, no reconociendo nada como definitivo, deja como último criterio solamente el propio yo y sus deseos. Con este horizonte relativista, por lo tanto, una educación real no es posible sin la luz de la verdad...¹⁸

La experiencia del joven seminarista y de sus primeros años de formación le marcarán todo su ministerio y toda su vida. Los cardenales, al elegirle como Pastor supremo, harán que este *motto* principal de su magisterio quede como un legado para toda la Iglesia.

3. Buscar la verdad de Dios y centrar toda la vida en Él

Para el Papa Benedicto, en su pasión por la verdad, la formación del seminarista, que será un hombre consagrado a Dios, otro Cristo en la tierra, la prioridad tiene que ser centrar toda su vida en la Verdad que es Él mismo, hacer la experiencia profunda del Dios que se hace presente en la vida, la sostiene y la guía.

a. *Fundamentar toda la vida en Dios como verdad última*

Como el Papa les explicaba a los seminaristas del centro de Italia¹⁹, hoy vivimos en un contexto en el que la cultura quiere mostrarnos una humanidad autosuficiente, capaz de llevar a cabo sus proyec-

¹⁷ BENEDICTO XVI, encíclica *Caritas in veritate* (29 de junio de 2009), n. 1.

¹⁸ BENEDICTO XVI, *Mensaje para Jornada mundial de la paz* (1 de enero de 2012).

¹⁹ Cf. BENEDICTO XVI, *Discurso a un grupo de seminaristas italianos de los seminarios regionales de las regiones Las Marcas, Apulia y Abruzos-Molise* (29 de noviembre de 2008).

tos por sí sola y, por lo tanto, la presencia de Dios no es necesaria. Una cultura en que la figura de Dios es excluida de sus opciones y decisiones. Un ambiente permeado por el racionalismo cerrado en sí mismo, autorreferencial, en el que solo lo comprobable por las ciencias exactas es creíble. Todo lo demás resulta subjetivo, la experiencia de Dios es considerada no esencial. Es una experiencia a la que se enfrentan con frecuencia los formadores de los seminarios al recibir a los jóvenes que han crecido en ese contexto. En un ambiente cultural en el que la visión sobrenatural y la fe tienen cada vez menos peso, los jóvenes que se acercan al seminario buscan con facilidad poner sus seguridades en el éxito individual, en su realización personal, en la aprobación de los demás, de las redes sociales, en los triunfos considerados desde un punto de vista muy humano.

Cada vez es más difícil creer, acoger la Verdad que es Cristo, consagrar la propia vida al Evangelio. A pesar de eso, este hombre que se esfuerza por ser autosuficiente y por no depender de nadie más que sí mismo, se muestra con frecuencia desorientado y preocupado por su futuro, en busca de certezas y deseoso de puntos de referencia seguros. El hombre de hoy, como el de todos los tiempos, tiene necesidad de Dios, incluso sin darse cuenta.

Dios es la verdad última a la que toda razón tiende naturalmente, impulsada por el deseo de recorrer a fondo el camino que se le ha asignado. Dios no es una palabra vacía ni una hipótesis abstracta; al contrario, es el fundamento sobre el que se ha de construir la propia vida. Vivir en el mundo *veluti si Deus daretur* conlleva la aceptación de la responsabilidad que impulsa a investigar todos los caminos con tal de acercarse lo más posible a él, que es el fin hacia el cual tiende todo²⁰.

Dios como verdad última es la única roca cierta sobre la que se puede construir la propia identidad. Si esto es verdad para cualquier persona, mucho más para los jóvenes en formación. El seminarista sabe que esta verdad última tiene un rostro, el Hijo de Dios que se hizo hombre y por lo tanto conocerlo a él es conocer la verdad plena, gracias a la cual se encuentra la libertad: «Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres» (*Jn 8,32*).

El Papa cuenta su propia experiencia cuando fue nombrado arzobispo de Munich y Frisinga en 1977, en una situación de crisis²¹. El número de vocaciones se había reducido notablemente. Pronto entendió que uno de sus objetivos principales sería la construc-

²⁰ BENEDICTO XVI, *Discurso en la visita a la Pontificia Universidad Lateranense* (21 de octubre de 2006).

²¹ Cf. J. RAIZINGER, *Discurso con motivo de la celebración del 400 aniversario del Seminario de Würzburg*, mayo de 1989, en *Id.*, *Opera Omnia*, XII, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 2013, 476.

ción de un seminario y poner los fundamentos sólidos en la formación de los futuros sacerdotes de la diócesis. Hasta ese momento el seminario era una casa prestada por un noble en siglo XV. En 1981, el entonces arzobispo Ratzinger tuvo la alegría de colocar la primera piedra del nuevo edificio y puso estas palabras en esa piedra: «Como piedras vivas, entrad en la construcción de un edificio espiritual, para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios por mediación de Jesucristo» (1Pe 2,5).

Para el Cardenal, la síntesis de lo que debería ser un seminarista es una morada viviente de Dios que crece y se desarrolla en este mundo. Hombres nuevos que no han nacido ni de la carne ni de la sangre, sino por obra del Espíritu Santo. La experiencia de Cristo, la escucha del Espíritu Santo, la verdad de Dios son la roca firme sobre la cual construir la propia vocación sacerdotal²². La casa construida sobre el fundamento del Espíritu Santo, sobre Dios, en el único verdadero edificio que dura más que la construcción exterior de los ladrillos, lo que constituye el corazón de la formación en el seminario.

Esta misma idea es la que les dice a los seminaristas en Yonkers algunos años después, ya como Supremo Pontífice,

¿Han notado ustedes que, con frecuencia, se reivindica la libertad sin hacer jamás referencia a la verdad de la persona humana? Hay quien afirma hoy que el respeto a la libertad del individuo hace que sea erróneo buscar la verdad, incluida la verdad sobre lo que es el bien. En algunos ambientes, hablar de la verdad se considera como una fuente de discusiones o de divisiones y, por tanto, es mejor relegar este tema al ámbito privado. En lugar de la verdad –o mejor, de su ausencia– se ha difundido la idea de que, dando un valor indiscriminado a todo, se asegura la libertad y se libera la conciencia. A esto llamamos relativismo. Pero, ¿qué objeto tiene una «libertad» que, ignorando la verdad, persigue lo que es falso o injusto? ¿A cuántos jóvenes se les ha tendido una mano que, en nombre de la libertad o de una experiencia, los ha llevado al consumo habitual de estupefacientes, a la confusión moral o intelectual, a la violencia, a la pérdida del respeto por sí mismos, a la desesperación incluso y, de este modo, trágicamente, al suicidio? Queridos amigos, la verdad no es una imposición. Tampoco es un mero conjunto de reglas. Es el descubrimiento de Alguien que jamás nos traiciona; de Alguien del que siempre podemos fiarnos. Buscando la verdad llegamos a vivir basados en la fe porque, en definitiva, la verdad es una persona: Jesucristo²³.

²² Cf. J. RATZINGER, *Discurso con motivo de la celebración del 400 aniversario del Seminario de Würzburg*, 477.

²³ BENEDICTO XVI, *Discurso en el Seminario de San José, Yonkers, Nueva York con ocasión del encuentro con los jóvenes y seminaristas* (19 de abril de 2008).

Como dice el Papa a los seminaristas, parece que en el contexto actual hablar de la verdad de la persona humana, incluso de la verdad sobre lo que está bien o lo que está mal, implica una falta de tolerancia, de respeto a la libertad de la otra persona. Y, sin embargo, nada más lejos de la realidad. Sin la referencia a la verdad falta el mismo fundamento de la persona. Por eso para el seminarista, la roca firme sobre la cual edificar su llamado será el descubrimiento de Alguien que jamás nos traiciona, la Verdad que es el fundamento de todas las verdades, especialmente en el seguimiento de la propia vocación. Esa verdad sobre la que el seminarista debe edificar el edificio de su vida es Jesucristo, frente al relativismo que solamente lleva a una mayor confusión, a una libertad falsa, ese Alguien del que siempre podemos fiarnos, que debe convertirse en roca firme de toda nuestra vida. «Sé que aquí se busca la verdad y de este modo, en última instancia, se busca a Cristo, porque él es la Verdad en persona»²⁴.

b. Abandonarse" en la verdad misma de la palabra del Dios viviente

Profundizando en esta misma idea del Papa Benedicto sobre fundar toda la vida sobre la Verdad que es Cristo, él insistirá en que la formación sacerdotal está fundamentada en el misterio de Dios, sin olvidar que es al mismo tiempo un misterio de fe. Solamente desde la fe podemos «tocar» al Dios viviente. Cuando nos abandonamos a Él, una especie de arroyo oculto de vida divina nos invade y nos llena, pues la fe es un encuentro con el misterio de Dios²⁵. Creer quiere decir «abandonarse» en la verdad misma de la palabra del Dios viviente, sabiendo y reconociendo humildemente que sus planes son insondables y fuera del alcance de nuestra razón y nuestra lógica humana. Esta fe no puede ser para el seminarista algo que se quita y se pone, sino el hábito que nos permite entablar una relación directa con el Dios vivo. Una fe que permea las actitudes, los pensamientos, las acciones e intenciones, como una segunda naturaleza²⁶.

En la XLVIII Jornada Mundial de oración por las vocaciones, el Papa recordaba acerca del llamado de Dios a seguirle que es una invitación personal a confiar en Él, a fiarse, dejando a un lado las seguridades personales,

²⁴ BENEDICTO XVI, *Discurso en la visita a la Pontificia Universidad Lateranense* (21 de octubre de 2006).

²⁵ Cf. JUAN PABLO II, encíclica *Redemptoris Mater* (25 de marzo de 1987), n. 17.

²⁶ Cf. BENEDICTO XVI, *Discurso en el encuentro con los religiosos, las religiosas, los seminaristas y los representantes de los movimientos eclesiales de Czestochowa, Polonia* (26 de mayo de 2006).

La propuesta que Jesús hace a quienes dice «¡Sígueme!» es ardua y exultante: los invita a entrar en su amistad, a escuchar de cerca su Palabra y a vivir con Él; les enseña la entrega total a Dios y a la difusión de su Reino según la ley del Evangelio: «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto» (Jn 12,24); los invita a salir de la propia voluntad cerrada en sí misma, de su idea de autorrealización, para sumergirse en otra voluntad, la de Dios, y dejarse guiar por ella; les hace vivir una fraternidad, que nace de esta disponibilidad total a Dios (cf. Mt 12, 49-50), y que llega a ser el rasgo distintivo de la comunidad de Jesús: «La señal por la que conocerán que sois discípulos míos, será que os amáis unos a otros» (Jn 13, 35)²⁷.

Una gran tentación para el seminarista puede ser el pretender llegar a poseer y a comprender la verdad de Dios, el no aceptar la limitación de la propia razón, el querer explicarse todo desde la razón, sin abrirse a Cristo, el no abrirse al Dios de las sorpresas cuyo pensamiento simplemente supera infinitamente a nuestros razonamientos humanos.

Este es un tema central en las reflexiones del Papa, la vocación, el seguimiento de Cristo, es una invitación a la fe, a entrar en el misterio. Como toda la vida de la Iglesia, como la Iglesia misma, no se puede entender sin entrar en esa dimensión mística. Nuestra razón humana nunca podrá abarcar el misterio de Dios, la verdad de Dios. Hay tantos elementos que escapan a la lógica humana, pues la lógica de Dios va mucho más allá de nuestra pobre razón humana. En la Universidad Gregoriana, el Papa Benedicto les recordaba a los profesores y a los seminaristas.

No basta conocer a Dios para poder encontrarlo realmente; también hay que amarlo. El conocimiento se debe transformar en amor. El estudio de la teología, del derecho canónico y de la historia de la Iglesia no es solo conocimiento de las proposiciones de la fe en su formulación histórica y en su aplicación práctica; también es siempre inteligencia de las mismas en la fe, en la esperanza y en la caridad. Solo el Espíritu escruta las profundidades de Dios (cf. 1Co 2,10); por tanto, solo escuchando al Espíritu se puede escrutarse la profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios (cf. Rm 11, 33). Al Espíritu se le escucha en la oración, cuando el corazón se abre a la contemplación del misterio de Dios, que se nos reveló en el Hijo Jesucristo, imagen del Dios invisible (cf. Col 1,15), constituido Cabeza de la Iglesia y Señor de todas las cosas (cf. Ef 1,10; Col 1,18)²⁸.

²⁷ BENEDICTO XVI, *Mensaje en la XLVIII Jornada Mundial de oración por las vocaciones* (15 de mayo de 2011).

²⁸ BENEDICTO XVI, *Discurso durante su visita a la Pontificia Universidad Gregoriana* (3 de noviembre de 2006).

Solo a la luz del Espíritu Santo el seminarista irá internándose cada vez más en el misterio de Dios y del propio llamado y formará un hábito de escucha, de atención a la acción de Dios en su vida, a leer toda su vida y su historia a la luz de un Dios que le ama y que le ha llamado a ser su testigo entre los hombres.

c. Poned vuestros ojos en Él

A los seminaristas en Madrid en 2011 les invitaba a reflexionar, ¿Cómo vivir estos años de preparación, de formación en el seminario? Ante todo, deben ser años de silencio interior, de permanente oración, de constante estudio y de inserción paulatina en las acciones y estructuras pastorales de la Iglesia.

Como seminaristas, estáis en camino hacia una meta santa: ser prolongadores de la misión que Cristo recibió del Padre. Llamados por Él, habéis seguido su voz y atraídos por su mirada amorosa avanzáis hacia el ministerio sagrado. Poned vuestros ojos en Él, que por su encarnación es el revelador supremo de Dios al mundo y por su resurrección es el cumplidor fiel de su promesa. Dadle gracias por esta muestra de predilección que tiene con cada uno de vosotros²⁹.

Ante todo, el seminarista está llamado a configurar toda su vida con la de Cristo, aprendiendo de Él, contemplándole en el silencio y la oración. Configurarse con Él es la tarea de toda la vida. Comienza con el bautismo, continúa con los años de juventud y el ingreso en el seminario y sigue con la ordenación sacerdotal y el ministerio. Poner los ojos en Él, en ese Buen Pastor que da la vida por las ovejas. Para imitar en esto a Cristo, el corazón tiene que ir madurando, estando a disposición del Maestro.

Meditar a fondo en el misterio de Cristo, viviendo los años de formación con una profunda alegría, humildad, claridad mental y una fidelidad radical al evangelio.

En este caso, en Madrid, el Papa invitaba a los seminaristas a llevar a la práctica esa verdad fundamental de Cristo. Fijar los ojos en Cristo e imitarle no se puede reducir a una actitud intelectual, sino a una identificación que lleva al servicio de los demás, a imitarle en su caridad hasta el extremo con todos, sin rehuir a los alejados y pecadores, de forma que con la ayuda real que reciban se conviertan y vuelvan al buen camino. Solo así, al experimentar en los seminaristas una vida hondamente enraizada en Cristo, las almas percibirán esa novedad de vida y se sentirán atraídos con fuerza a quienes de veras buscan a Dios, la verdad y la justicia.

²⁹ BENEDICTO XVI, *Homilía en la Catedral de la Almudena con ocasión de una Santa Misa con los seminaristas* (20 de agosto de 2011).

A los seminaristas alemanes, en vísperas de la Jornada Mundial de la Juventud en Colonia, les decía,

El seminario es un tiempo de camino, de búsqueda, pero sobre todo de descubrimiento de Cristo. En efecto, solo si hace una experiencia personal de Cristo, el joven puede comprender en verdad su voluntad y por lo tanto su vocación. Cuanto más conoces a Jesús, más te atrae su misterio; cuanto más lo encuentras, más fuerte es el deseo de buscarlo. Es un movimiento del espíritu que dura toda la vida, y que en el seminario pasa, como una estación llena de promesas, su «primavera»³⁰.

d. Adquirir la medida de la plenitud en Cristo

En esta búsqueda de la verdad de Dios, el Papa invita a adquirir la medida de la plenitud en Cristo. Como él mismo dijo en la homilía en el solemne inicio del ministerio petrino como obispo de Roma sobre el miedo a renunciar a algo precioso en nuestra vida si dejamos entrar a Cristo, a renunciar a la propia libertad y a encontrarnos en la angustia. Y sin embargo, en esa ocasión, él mismo repetía,

¡No! quien deja entrar a Cristo no pierde nada, nada – absolutamente nada– de lo que hace la vida libre, bella y grande.
¡No! Solo con esta amistad se abren las puertas de la vida. Solo con esta amistad se abren realmente las grandes potencialidades de la condición humana³¹.

Solamente cuando abrimos las puertas a Cristo, a su verdad en nuestra vida, ensanchamos nuestro corazón y experimentamos la plenitud de Cristo.

A los seminaristas del Colegio Etíope en el Vaticano les recordaba que Cristo no suprime las cualidades características de la persona, al contrario, las eleva, las ennoblece y, haciéndolas suyas, las llama a servir a su ministerio y su obra³². La riqueza personal, su cultura, su historia, sus cualidades y defectos, todo ello forma parte de ese plan de Dios para cada persona que está llamada a encontrar en Cristo su plenitud. Como tantas paradojas en el evangelio que están llamadas a ser vividas por todos los cristianos, de manera especial los futuros sacerdotes están invitados a perderse para

³⁰ BENEDICTO XVI, *Discurso en la Iglesia de San Pantaleón de Colonia con ocasión del encuentro con los seminaristas* (19 de agosto de 2005).

³¹ BENEDICTO XVI, *Homilía en la Santa Misa de imposición del palio y entrega del anillo del pescador en el solemne inicio del ministerio petrino del obispo de Roma* (24 de abril de 2005).

³² Cf. BENEDICTO XVI, *Discurso al Pontificio Colegio Etíope en el Vaticano* (29 de enero de 2011).

llegar a transformarse en Cristo, con toda la belleza de las cualidades personales revestidas y ennoblecidas por el amor de Dios.

Para el Papa Benedicto, el Hijo de Dios es el hombre verdadero, la medida del verdadero humanismo³³. En Él encontramos nuestra plenitud. Cristo es el que nos enseña lo que es bueno y nos da el criterio para discernir entre lo verdadero y lo falso, entre el engaño y la verdad. En Cristo está la verdad, en Él está la medida, la guía para nuestras vidas y el camino a seguir.

e. Una relación personal con Cristo, camino, verdad y vida

Además de encontrar en Cristo la guía, la plenitud, el ideal al que debe tender toda la vida del seminarista, el Papa Benedicto recuerda con frecuencia a los aspirantes al sacerdocio que esto se logrará estableciendo una relación personal con Él. A los seminaristas de las regiones de Las Marcas, Apulia y Abruzos-Molise les decía que los años de seminario tienen un valor enorme como tiempo destinado a la formación y al discernimiento. Durante esos años, el primer lugar lo debe tener

la búsqueda constante de una relación personal con Jesús, una experiencia íntima de su amor, que se adquiere sobre todo a través de la oración y el contacto con las Sagradas Escrituras, leídas, interpretadas y meditadas en la fe de la comunidad eclesial³⁴.

Nada puede sustituir esa relación personal en la intimidad del corazón. Es Cristo mismo, el único que puede cambiar el corazón humano y renovarnos interiormente.

Todo seminarista está llamado a hacer la experiencia de San Pablo al encontrarse con Jesús, «lo que era para mí ganancia, lo he juzgado una pérdida a causa de Cristo. Y más aún: juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien perdí todas las cosas, y las tengo por basura para ganar a Cristo» (*Flp* 3,7-9).

En la Audiencia general del 19 de agosto de 2009, reflexionando sobre el ejemplo de San Juan Eudes, que quiso concentrar sus esfuerzos apostólicos en la formación del clero diocesano respondiendo a la urgente necesidad de la formación de sacerdotes según las directrices del Concilio de Trento, el Papa Benedicto comparaba los años de formación al tiempo que los apóstoles estuvieron con Cristo «el tiempo del seminario se debe ver como la actualiza-

³³ Cf. BENEDICTO XVI, *Homilía en la Santa Misa de imposición del palio y entrega del anillo del pescador en el solemne inicio del ministerio petrino del obispo de Roma* (24 de abril de 2005).

³⁴ BENEDICTO XVI, *Discurso a un grupo de seminaristas italianos de los seminarios regionales de Las Marcas, Apulia y Abruzos-Molise* (29 de noviembre de 2008).

ción del momento en el que el Señor Jesús, después de llamar a los Apóstoles y antes de enviarlos a predicar, les pide que estén con él (cf. *Mc 3, 14*)»³⁵. El período del seminario se convierte por tanto en un tiempo privilegiado para estar con Cristo, pasar tiempo con Él, contemplarle, escucharle, convivir con Él. Es a través de esta convivencia con Él en los ratos de oración, en la lectura de las Sagradas Escrituras, en la adoración, en las celebraciones litúrgicas, donde se aprende lo que Cristo lleva en el corazón y el joven seminarista se va identificando con Aquél que es camino, verdad y vida.

A los seminaristas del Seminario Romano, el Papa Benedicto les hablaba de la necesidad de permanecer en el amor de Dios y les decía en 2010, insistiendo en este punto:

El Señor dice: «No os llamo ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer». Ya no siervos, que obedecen al mandamiento, sino amigos que conocen, que están unidos en la misma voluntad, en el mismo amor. La novedad, por lo tanto, es que Dios se ha dado a conocer, que Dios se ha mostrado, que Dios ya no es el Dios ignoto, buscado pero no encontrado o solo adivinado de lejos. Dios se ha dejado ver: en el rostro de Cristo vemos a Dios, Dios se ha hecho «conocido», y así nos ha hecho amigos³⁶.

En esa convivencia diaria con Él, en ese pasar el tiempo juntos, no solo Cristo les va revelando quién es, sino que el seminarista se va dejando conocer por el Maestro, sin miedo a presentarse tal cual es, sin las multitudes, sin los filtros, sin las máscaras. Con cuánta frecuencia encontramos en los evangelios que Cristo sabía lo que pensaban, conocía lo que tenían en su mente y en el corazón, ya se tratase de sus enemigos, los fariseos o de sus discípulos. En la vida diaria del seminario, el joven aprende a presentarse a Cristo con sencillez, con transparencia, y así irá haciendo la verdadera experiencia de Cristo como pastor, como padre y hermano que le guía y le acompaña en su vida. El futuro sacerdote sabe que solamente en esa relación verdadera, sincera, existencial con Cristo, se podrá constituir sobre un fundamento sólido su vida y su misión.

4. Hacer la verdad sobre sí mismo

Además de que el seminarista llegue a fundar toda su vida espiritual sobre la roca de la verdad que es Dios, siguiendo el pensamiento del Papa alemán, la pasión por la verdad tiene que llevar al

³⁵ BENEDICTO XVI, *Audiencia general* (19 de agosto de 2009).

³⁶ BENEDICTO XVI, *Lectio Divina a los seminaristas del Seminario Romano* (12 de febrero de 2010).

joven a que haga la verdad sobre sí mismo, de lo contrario estará construyendo sobre arena. Este conocimiento propio, acompañado por la ayuda de los formadores, le llevará a adquirir la madurez necesaria para llegar a ser sacerdotes según el corazón de Cristo.

a. No os amoldéis al espíritu del mundo

Hacer la verdad para Benedicto XVI significa descubrir la Verdad que es Dios y también encontrarse consigo mismo, hacer la verdad sobre uno mismo para que toda la persona se vea transformada por el amor de Cristo y llegue a ser un hombre nuevo según el Evangelio.

A los alumnos del Seminario Romano les dirigió una *Lectio Divina* en 2012 explicando los primeros versículos del capítulo 12 de la Carta a los Romanos³⁷. En éstos, San Pablo exhorta a los cristianos de Roma de una manera que no solo tiene una amonestación moral, sino que también quiere significar consuelo, atención al otro, ternura paterna y bondad. Y ¿a qué les exhorta?, a «ofreced vuestros cuerpos» (*Rm* 12,1). La unidad indivisible entre alma y cuerpo, en el cuerpo que somos nosotros mismos. Construir una sólida vida sobrenatural sobre la base de las virtudes humanas. Por eso le dice Jesús a la samaritana que adorarán al Señor en espíritu y en verdad. Adorar en espíritu y en verdad quiere decir realmente entrar a través del Espíritu Santo en el Cuerpo de Cristo, en la verdad del ser. Y así llegamos a ser verdad y nos transformamos en glorificación de Dios.

Encontramos la misma realidad también en el capítulo cuarto del Evangelio de san Juan, donde el Señor dice a la samaritana: En el futuro no se adorará en esa colina o en aquella otra, con estos u otros ritos; se adorará en espíritu y en verdad (*Jn* 4,21-23). Ciertamente, es espiritualización, salir de estos ritos carnales, pero este espíritu, esta verdad no es cualquier espíritu abstracto: el espíritu es el Espíritu Santo, y la verdad es Cristo. Adorar en espíritu y en verdad quiere decir realmente entrar a través del Espíritu Santo en el Cuerpo de Cristo, en la verdad del ser. Y así llegamos a ser verdad y nos transformamos en glorificación de Dios. Llegar a ser verdad en Cristo exige nuestra implicación total³⁸.

El Papa les invita a revestirse de Cristo, que es la verdad, siguiendo la reflexión de San Pablo, en toda la persona, no conformándonos al espíritu del mundo. La formación de la persona

³⁷ BENEDICTO XVI, *Lectio Divina a los seminaristas del Seminario Romano* (15 de febrero de 2012).

³⁸ BENEDICTO XVI, *Lectio Divina a los seminaristas del Seminario Romano* (15 de febrero de 2012).

implica renunciar al mundo y habla especialmente de dos seducciones: la del tener y la del poder de los medios de comunicación social. El mundo, con su avidez de tener, no representa ya un instrumento para favorecer la vida del hombre, sino que se transforma en un poder que lo oprime. No nos sometamos a este poder, más bien utilicémoslo como medio; pero con la libertad de los hijos de Dios. Luego está el poder de los medios de comunicación que fácilmente nos llevan a un mundo falso, un mundo de apariencias que al final cuenta más que la realidad misma. Con qué facilidad esto lleva al hombre a no seguir la verdad de su ser, sino que quiere sobre todo aparentar, ser conforme a estas realidades. Como cristianos, no queremos la apariencia, sino la verdad, y esto nos da libertad, la verdadera libertad cristiana: el librarse de esta necesidad de agradar, de hablar como la masa cree que debería ser, y tener la libertad de la verdad. El no conformismo del cristiano nos redime, nos restituye a la verdad.

Siguiendo con la reflexión que hace el Papa, San Pablo continúa exhortando a la comunidad de Roma a «transformaos por la renovación de vuestra mente» (*Rm* 12,2), a vivir en la verdad. Transformarnos a nosotros mismos, dejarnos transformar por el Señor en la forma de la imagen de Dios, transformarnos cada día de nuevo, a través de su realidad, en la verdad de nuestro ser. Y «renovación»; esta es la verdadera novedad: que no nos sometamos a las opiniones, a las apariencias, sino a la Gracia de Dios, a su revelación. Renovar la mente, la manera de razonar, de manera que toda la persona, su madura de pensar, sus sentimientos, sus afectos, de modo que aparezca realmente en el hombre la imagen de Dios.

He querido comenzar este apartado con este discurso de Benedicto XVI pues refleja su convicción de que en la formación del sacerdote toda la persona no es un espíritu desencarnado, sino que hacer la verdad tiene que llevar a integrar todas las dimensiones de su ser, la dimensión espiritual, la dimensión humana, los pensamientos y los actos. Solamente así el hombre se realiza como persona. San Juan lo expresaría así en su primera carta,

Este es el mensaje que hemos oído de él y que os anunciamos: Dios es Luz, en él no hay tiniebla alguna. Si decimos que estamos en comunión con él y caminamos en tinieblas, mentimos y no obramos la verdad. Pero si caminamos en la luz, como él mismo está en la luz, estamos en comunión unos con otros (*1Jn* 1,5-7)

Solamente a la luz de la verdad, el seminarista llega a realizar el proyecto de Dios sobre su persona. El hombre nuevo en Cristo que no se deja llevar por los criterios del mundo, «sino que obedece a

la verdad de nuestro ser que habita profundamente en nosotros y que se nos da nuevamente en el Bautismo»³⁹.

b. Verdad y libertad

«Fuisteis llamados a la libertad» (*Gal 5,13*). La libertad es el gran sueño de la humanidad de todos los tiempos. Ser libres, sentirnos libres, sin ser esclavos ni de nada ni de nadie. El Papa Benedicto, hablando de la libertad a los estudiantes del Seminario Romano⁴⁰, les explicaba cómo Lutero estaba buscando esa libertad cuando llegó a la conclusión de que la regla monástica, la jerarquía y el magisterio eran un yugo de esclavitud del que era necesario librarse. Posteriormente, todo el periodo de la Ilustración está dominado por este deseo de libertad y hasta el mismo marxismo se presentó como un camino hacia la libertad. Con qué facilidad, viviendo en una cultura imbuida de un falso concepto de la verdadera libertad, el joven que se llega al seminario puede vivir con estos parámetros.

Y el Papa les invitaba a reflexionar ¿qué es la libertad? La absolutización del yo es la degradación del hombre. El libertinaje no es la libertad, hacer lo que yo quiero cuando y como quiero. Al contrario, seremos realmente libres si nos hacemos servidores de los demás. Me puedo aislar y comportarme como yo quiera, hacer mi propia verdad, cuyo punto de referencia es lo que yo pienso, lo que creo que me va a llevar a la felicidad. Es lo opuesto a la verdad de nuestro ser. Nuestra verdad es que ante todo somos creaturas, creaturas de Dios y vivimos en relación con Él; de lo contrario, caemos en la mentira y en ella, al final, nos destruimos.

Por esto, para el Papa Benedicto es fundamental para que el seminarista pueda ver a Dios y orientarse hacia Él, conocerle, conocer Su voluntad, insertarse en Su voluntad, entrar cada vez más en el espacio de la verdad, de quién es él como creatura. Libertad y verdad para que comprenda quién es él en relación con los demás, con sus formadores, con sus compañeros en el seminario, con las almas. «Toda la ley alcanza su plenitud en este solo precepto: Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (*Gal 5,14*).

c. El seminario, escuela de comunión para conocerse a sí mismo

Para el Papa Benedicto el seminario es el lugar apropiado para descubrir que no estamos aislados, que somos parte de la comu-

³⁹ BENEDICTO XVI, *Lectio Divina a los seminaristas del Seminario Romano* (15 de febrero de 2012).

⁴⁰ Cf. BENEDICTO XVI, *Lectio Divina a los seminaristas del Seminario Romano* (20 de febrero de 2009).

nidad del presbiterado, de la Iglesia. En ese ambiente descubro mejor la verdad sobre quién soy yo mismo.

Así como Cristo llamó a los apóstoles, a los doce, a formar un grupo para fundamentar sobre ellos su Iglesia, así continúa llamando a jóvenes a seguirle.

¿A qué se debe el seminario; qué significa este período?, me impresiona sobre todo cada vez más el modo en que san Marcos, en el tercer capítulo de su Evangelio, describe la constitución de la comunidad de los Apóstoles: «El Señor instituyó doce» (Mc 3,14)⁴¹.

De esta manera, el seminario se convierte en el ambiente y el tiempo propicio para que los seminaristas pasen de ser un «yo» que sigue a Cristo a un «nosotros». En este contexto, en el intercambio diario con los demás compañeros, con los formadores y con los profesores, el seminarista se va conociendo mejor a sí mismo, su identidad y su misión. En la comunión y las relaciones con los demás, el joven va forjando una personalidad estable, caracterizada por el equilibrio afectivo, el dominio de sí y va adquiriendo progresivamente una conciencia formada de acuerdo a la verdad, o sea, «que llegue a ser una persona responsable, capaz de tomar decisiones justas, dotada de juicio recto y de una percepción objetiva de las personas y de los acontecimientos»⁴². Esto le llevará también a adquirir la equilibrada autoestima, que le conduzca a la toma de conciencia de las propias cualidades para ponerlas al servicio de los demás.

En ese encuentro con los demás el seminarista también descubre la verdad de su historia propia, de su pasado, de su personalidad, y aprende a verla desde Dios, desde la fe. Es fundamental que llegue a hacer la verdad de sí mismo en la apertura con los formadores y los directores espirituales, reflexionando sobre las experiencias vividas y sus experiencias apostólicas. Aprende a descubrir en sus compañeros a sus hermanos, con sus historias particulares, con sus cualidades y defectos, para pasar a un amor que le saque de sí mismo y le lleve a identificarse cada vez más con su llamado y su misión.

Según el Papa, el ejercitarse en ese apoyo mutuo es algo fundamental para el seminarista, aprender a acoger al otro en su diferencia y aprender que él tiene que soportarme a mí en mi diferencia. De esta manera, llegaremos a ser un «nosotros» que formará una

⁴¹ BENEDICTO XVI, *Discurso en el Seminario de Friburgo de Brisgovia con ocasión del encuentro con los seminaristas* (24 de septiembre de 2011).

⁴² CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *El don de la vocación presbiteral. Ratio fundamentalis institutionis sacerdotalis*, 94.

comunión, bien sea en una parroquia, en la Iglesia local o en una comunidad religiosa. Al mismo tiempo, hay que aprender a mirar más allá del nosotros concreto y limitado de mi grupo de compañeros, de mi lugar de origen, de mi parroquia, para abrirse a la realidad del Cuerpo Místico de la Iglesia de la que somos parte y que constituye la verdad de quienes somos, la comunidad entera de los fieles, de hoy y de todos los tiempos.

El «nosotros» es la comunidad entera de los fieles, de hoy, de todos los lugares y todos los tiempos... Nosotros somos Iglesia: ¡Seámoslo! Seámoslo precisamente en el abrimos, en el ir más allá de nosotros mismos y en serlo junto a los otros⁴³.

El interés por las otras iglesias, por la situación de los cristianos de otras regiones, de los cristianos perseguidos, de las dificultades y los retos de la Iglesia, ayudan al joven a sentirse parte de una realidad que trasciende las fronteras de la propia cultura y le abren a un horizonte mucho más amplio que es la Iglesia.

d. Actitud de humildad, de escucha, de respuesta al llamado de Dios

En su visita al Seminario de San José en Yonkers, en Nueva York, el Papa Benedicto pone el ejemplo de los santos cuyas imágenes presidían la sala donde estaba dándoles el discurso y les decía cómo la vocación a ser sacerdote es ante todo una respuesta al llamado de Dios, es Él el que tiene la iniciativa, el que llama⁴⁴. Si el seminarista quiere vivir en la verdad, lo primero es escuchar en el fondo de su corazón la invitación de Cristo a seguirle.

Esta invitación a escuchar el llamado de Dios se fundamenta en la humildad, algo que el Cardenal Ratzinger fue capaz de reflejar en su propia vida. Al mismo tiempo que es un teólogo profundamente sabio, es una persona profundamente humilde. Jesús Bastante, en su libro *Benedicto XVI, el nuevo Papa*, se referirá a él como un cerebro privilegiado de nuestro tiempo⁴⁵. El día de su elección, al dirigirse al pueblo de Dios, les dirá

Después del gran papa Juan Pablo II, los señores cardenales me han elegido a mí, un simple y humilde trabajador de la viña del Señor. Me consuela que el Señor sepa trabajar con instrumentos insuficientes y me entrego a vuestras oraciones⁴⁶.

⁴³ BENEDICTO XVI, *Discurso en el Seminario de Friburgo de Brisgovia con ocasión del encuentro con los seminaristas* (24 de septiembre de 2011).

⁴⁴ Cf. BENEDICTO XVI, *Discurso en el Seminario de San José, Yonkers, New York con ocasión del encuentro con los jóvenes y seminaristas* (19 de abril de 2008).

⁴⁵ J. BASTANTE, *Benedicto XVI, el nuevo Papa*, La esfera de los libros, Madrid 2005, 103.

⁴⁶ J. BASTANTE, *Benedicto XVI, el nuevo Papa*, 28.

Esa es la experiencia propia del Papa Benedicto y es la misma experiencia que quiere para todos los sacerdotes. Solo así el hombre puede llegar a la verdad, desde la humildad y el reconocimiento de las propias limitaciones. Por eso, el mismo día de la elección y ante las preguntas incesantes de los periodistas de todo el mundo sobre su plan para el pontificado, diría con sencillez en su primera homilía como Papa:

mi verdadero programa de gobierno es no hacer mi voluntad, no seguir mis propias ideas, sino de ponerme, junto con toda la Iglesia, a la escucha de la palabra y de la voluntad del Señor y dejarme conducir por Él, de tal modo que sea él mismo quien conduzca a la Iglesia en esta hora de nuestra historia⁴⁷.

Esta actitud de humildad frente a la verdad también será algo que refleja continuamente en sus discursos y conversaciones con los seminaristas. Algo esencial para el aspirante a las órdenes sagradas. Esta humildad le permitirá al seminarista reconocerse a sí mismo como alguien llamado y, por lo tanto, en actitud permanente de escucha y de respuesta a la iniciativa divina.

El camino de la vocación, como recordaba el Papa Benedicto en el mensaje para la Jornada mundial de oración por las vocaciones en 2009, es ante todo un don divino que se sitúa en el amplio proyecto de amor y salvación que Dios tiene para cada hombre y para la humanidad entera. Es el amor de Dios el que llama a unos hombres a llevar adelante la misión de difundir su mensaje por todo el mundo. Dios sigue llamando. Esa iniciativa del amor divino está en el corazón de toda vocación, y requiere una actitud de humildad, de escucha del Espíritu Santo. La vocación no nace de un deseo personal de realización personal ni de ayudar a los demás. Nace del amor de Dios.

¿Quién puede considerarse digno de acceder al ministerio sacerdotal? ¿Quién puede abrazar la vida consagrada contando solo con sus fuerzas humanas? Una vez más conviene recordar que la respuesta del hombre a la llamada divina, cuando se tiene conciencia de que es Dios quien toma la iniciativa y a Él le corresponde llevar a término su proyecto de salvación, nunca se parece al cálculo miedoso del siervo perezoso que por temor esconde el talento recibido en la tierra (cf. *Mt 25, 14-30*), sino que se manifiesta en una rápida adhesión a la invitación del Señor, como hizo Pedro, que no dudó en echar nuevamente las redes pese a

⁴⁷ BENEDICTO XVI, *Homilía en la Santa Misa de imposición del palio y entrega del anillo del pescador en el solemne inicio del ministerio petrino del obispo de Roma* (24 de abril de 2005).

haber estado toda la noche faenando sin pescar nada, confiando en su palabra (cf. *Lc 5,5*)⁴⁸.

Solamente se es capaz de responder al llamado poniendo la confianza en Dios, de quien brota todo don, desde el reconocimiento con humildad de la propia incapacidad con las fuerzas humanas para corresponder a la grandeza del ministerio sacerdotal. Una invitación que implica abandonarlo todo gustosamente para abrazar el plan de Dios con la confianza puesta en Él que ha dado la vida por nosotros.

e. Dejarse plasmar

En ese mismo discurso que hemos mencionado antes en la ceremonia del aniversario del seminario en Würzburg⁴⁹, el Cardenal Ratzinger invitaba a los seminaristas a dejarse plasmar, dejarse podar para poder madurar. Ser contruidos, en pasivo. Ser purificados para poder llegar a ser verdaderos sacerdotes.

Utilizando la imagen de las piedras vivas que forman parte del edificio del seminario, el Cardenal comentaba que cada uno de los seminaristas debe tomar sobre sí el destino de la piedra de una construcción: se tiene que dejar plasmar, adaptarse al puesto en el cual resulte necesario, se debe dejar unir al conjunto, de manera que no puede simplemente ir donde quiere. Este proceso de purificación es sumamente necesario para el joven seminarista. «Ser contruidos» en un sentido pasivo, dejarse formar, podar. Sin esto, el tiempo del seminario sería un tiempo sin frutos. Solo el dolor de la purificación sana. Si falta esta purificación, es fácil que surjan descontentos, insatisfacciones, personas autorreferenciales, encerradas en sí mismas.

Es en este proceso de purificación donde el joven va encontrando la verdad sobre sí mismo, donde van cayendo las apariencias, los elementos superfluos de la propia personalidad, donde se va purificando la vocación como el oro en el crisol, donde van desapareciendo las impurezas hasta llegar a ser un discípulo de Cristo. Dejarse plasmar quiere decir prestarse a la acción del Espíritu Santo, de los formadores, de los directores espirituales.

En este sentido, el joven seminarista sabe que es el Espíritu Santo el protagonista de la formación y gran parte de su tarea será dejar que Él haga su obra, dejar que el gran escultor vaya esculpiendo en la piedra bruta la imagen del sacerdote, la imagen de

⁴⁸ BENEDICTO XVI, *Mensaje para la jornada mundial de oración por las vocaciones* (20 de enero de 2009).

⁴⁹ J. RATZINGER, *Discurso con motivo de la celebración del 400 aniversario del Seminario de Würzburg*, 486.

Cristo. Esto requiere una gran docilidad y apertura, «extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará a donde tú no quieras» (Jn 21,18).

*f. Pasión por la verdad*⁵⁰

Educarse a la verdad, una verdad que con frecuencia es incómoda para el hombre. Para el rabino Jacob Neusner, en el libro conmemorativo de los 70 años del Ratzinger⁵¹, esa pasión por la verdad le llevará al Cardenal Ratzinger a constituirse como guía y defensor de la verdadera teología contra la hegemonía del historicismo, que tantos estragos causó en la interpretación de las escrituras a inicios del siglo XX.

Dirigiéndose a los seminaristas en el discurso preparado para el aniversario del Seminario de Würzburg, el Cardenal Ratzinger habla de que el primer objetivo de la formación debe ser formar hombres auténticos que vivan a fondo las virtudes. Entre las virtudes que señala, la primera es la pasión por la verdad.

La verdad educa al desinterés personal y a la verdadera libertad. Puedo evitarme tantos problemas si hago una pequeña concesión a la mentira o aceptar las consecuencias de la fidelidad a la verdad. ¿Por qué disturbar la armonía, la paz del grupo? ¿Por qué quedar en ridículo? Tantos santos a lo largo de la historia dieron su vida por fidelidad a esa verdad. De esta manera, el conformarse al grupo llega a ser una tiranía contra la verdad.

El Cardenal Ratzinger decía en esa ocasión a los estudiantes que no dudaba en afirmar que la gran enfermedad de nuestro tiempo es el ser pobres de verdad y que los resultados se hacían ver por todas partes. Para el seminarista, para el futuro sacerdote, el renunciar a la verdad, el adaptarse al grupo, el seguir la corriente de lo más fácil, es renunciar a sus raíces como persona, lo que le constituye un ser humano, una traición a lo más íntimo de su ser. Cuando se construye sin esta verdad se edifica sobre arena. La coherencia con la verdad, aunque implique sufrimiento, es el presupuesto de una verdadera comunidad. En el duro trabajo de la formación, en los años de seminario, en la paciencia que exige el crecimiento humilde en las virtudes, y en la verdad se madura interiormente, el hombre se libera de sí mismo y se hace libre para Dios. No se edifica una vida con el simple parámetro del grupo ni

⁵⁰ Cf. J. RATZINGER, *Discurso con motivo de la celebración del 400 aniversario del Seminario de Würzburg*, 487.

⁵¹ Cf. J. NEUSNER, *Dal pensiero storico a quello paradigmatico nel giudaismo rabbinico*, in AA.VV. *Alla scuola della verità, i settanta anni di Joseph Ratzinger*, Edizioni San Paolo, Milano 1997, 291.

tampoco con un parámetro creado por nosotros mismos. El joven seminarista se debe dejar formar por el «espíritu que da vida» (1Cor 15,45). A la luz de Dios, en la docilidad a su Espíritu Santo, el seminarista irá construyendo su vida sobre la roca sólida de la verdad de su Creador, del mundo y de sí mismo.

g. La fidelidad al hombre requiere la fidelidad a la verdad

En 2009, en la visita a la República Checa, el Papa se dirigió al mundo académico⁵². Les habló como profesor sobre esa sed de conocimiento de todo hombre que impulsa a toda generación a ampliar el concepto de razón y a beber en las fuentes de la fe. La universidad, más aún, cualquier institución educativa, encuentra su significado en la capacidad de ser responsable frente a la verdad. Si quiere ser fiel al hombre al que trata de educar, tiene que ser fiel a la verdad que el hombre busca. Cuando en los jóvenes de hoy se despierta la comprensión de la plenitud y unidad de la verdad, experimentan el placer de descubrir que la cuestión sobre lo que pueden conocer les abre el horizonte de la gran aventura de cómo deben ser y qué deben hacer. Es preciso retomar la idea de una formación integral, basada en la unidad del conocimiento enraizado en la verdad.

El hombre tiene sed de verdad. Hoy en día, con el crecimiento masivo de la información y de la tecnología, surge la tentación de separar la razón de la búsqueda de la verdad. Sin embargo, la razón, una vez separada de la orientación humana fundamental hacia la verdad, comienza a perder su dirección. Acaba por secarse, bajo la apariencia de modestia, cuando se contenta con lo meramente parcial o provisional, o bajo la apariencia de certeza, que deriva en relativismo y lleva a perder la firmeza de la verdad.

El deseo de libertad y de verdad es un elemento irrenunciable a nuestra humanidad. Nunca puede ser eliminado y, como ha demostrado la historia, solo se puede negar poniendo en peligro la humanidad misma.

h. Todo lo que es verdadero, noble... tenedlo en cuenta

El Papa Benedicto, tomando pie de las palabras de San Pablo a los filipenses «todo lo que es verdadero, noble, justo, puro, amable, laudable, todo lo que es virtud o mérito, tenedlo en cuenta» (Flp 4,8), invita a los seminaristas a la integración de todas las facultades del hombre como camino de la maduración de la persona. La verdad sobre sí mismo implica que el joven haya consegui-

⁵² Cf. BENEDICTO XVI, *Discurso en el Castillo de Praga con ocasión del encuentro con el mundo académico* (27 de septiembre de 2009).

do un equilibrio justo entre corazón y mente, razón y sentimiento, cuerpo y alma, y que sea humanamente «íntegro», verdadero.

En su Carta a los seminaristas⁵³ abría el corazón a los jóvenes estudiantes para el sacerdocio y les ponía en guardia de las consecuencias de la falta de integración de los diferentes elementos de la personalidad. Es de suma importancia lograr esa madurez que integra todos los elementos de la persona, que responde a la verdad misma de la persona humana, que no se puede diseccionar, separar o compartimentar; donde las emociones, los sentidos, las experiencias vividas, la inteligencia, la voluntad, la sexualidad, el corazón, todo lleve a la persona a su plenitud.

Por ejemplo, el Papa les hablaba de un elemento tan importante como la sexualidad en la propia formación de la persona. El Supremo Pontífice les decía cómo en la sociedad actual este elemento de la sexualidad por desgracia se convierte en algo banal y destructivo al no quedar integrado en el desarrollo equilibrado de la persona y las consecuencias tan tristes que esto había tenido en la vida y ministerio de algunos sacerdotes, refiriéndose a los abusos. La sexualidad es un don del Creador, pero también una tarea que tiene que ver con el desarrollo del ser humano. La verdad sobre la persona humana es que es una unidad en la que no se pueden dejar aspectos apartados sin atender debidamente.

5. Conclusión

Como hemos visto en este artículo, para el Papa Benedicto, al hablar a seminaristas en tantas ocasiones, la pasión por la verdad es algo que está inscrito en lo más profundo del corazón del hombre. Solo la verdad permite al hombre edificar su vida sobre fundamentos sólidos y no sobre las arenas movedizas del relativismo. En un mundo en continuo cambio, los jóvenes carecen con frecuencia de anclajes sólidos, la sólida convicción de la verdad que sostenga las decisiones fundamentales de la existencia personal. Es algo que él también tuvo que experimentar como pastor y responsable último de la formación de futuros sacerdotes. Cuántos jóvenes llegaban con ilusión a tratar de responder un llamado de Dios, pero se veían envueltos en esa atmósfera de relativismo de la cultura dominante,

¡Cuántos vientos de doctrina hemos conocido durante estos últimos decenios!, ¡cuántas corrientes ideológicas!, ¡cuántas modas de pensamiento!... La pequeña barca del pensamiento de

⁵³ Cf. BENEDICTO XVI, *Carta a los seminaristas*, Ciudad del Vaticano, 18 de octubre 2010.

muchos cristianos ha sido zarandeada a menudo por estas olas, llevada de un extremo al otro...se va constituyendo una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y que deja como última medida solo el propio yo y sus antojos. Nosotros, en cambio, tenemos otra medida: el Hijo de Dios, el hombre verdadero. Él es la medida del verdadero humanismo. No es «adulta» una fe que sigue las olas de la moda y la última novedad; adulta y madura es una fe profundamente arraigada en la amistad con Cristo. Esta amistad nos abre a todo lo que es bueno y nos da el criterio para discernir entre lo verdadero y lo falso, entre el engaño y la verdad⁵⁴.

Para el Papa alemán es fundamental construir la propia vida sobre la Verdad de Dios, sobre su único Hijo, «el camino, la verdad y la vida» (*Jn 14,6*), y aprovechar los años de seminario para profundizar en la experiencia de Cristo y en las riquezas insondables de la Sagrada Escritura en las que Él se revela para hacerlas vida,

Dios es la verdad última a la que toda razón tiende naturalmente, impulsada por el deseo de recorrer a fondo el camino que se le ha asignado. Dios no es una palabra vacía ni una hipótesis abstracta; al contrario, es el fundamento sobre el que se ha de construir la propia vida⁵⁵.

Cuando falta esa pasión por la verdad y, por lo tanto, no se ha edificado en la sólida roca de la Verdad de Dios, la confianza se va dejando de lado y crece la desconfianza en sí mismo, «provocando muchas veces un gran vacío existencial»⁵⁶. Falta la luz y todo se vuelve a veces confuso para el joven, ya no le es posible distinguir el bien del mal, la senda que lleva a la realización de la vocación de aquella que nos deja confusos, sin una dirección fija. Estas situaciones pueden suponer no solo un momento pasajero de desconcierto sino el abandono del camino y la pérdida de la vocación.

Esa pasión por la verdad, que tiene que llevar al seminarista a centrar toda su vida en Dios, le tiene que llevar también a hacer la verdad sobre sí mismo, sobre la persona, en el contacto con los demás, en el salir del propio mundo individual para formar parte de la comunidad del seminario, de la Iglesia, en una actitud de respeto, de búsqueda sincera que solo se alcanza desde una profunda humildad.

La verdad se convierte así no solo en la roca sobre la que construir la vida, sino que está unida indisolublemente a la misión de

⁵⁴ J. RATZINGER, *Homilía en la Misa «Pro eligendo Pontifice»* (18 de abril de 2005).

⁵⁵ BENEDICTO XVI, *Discurso en la visita a la Pontificia Universidad Lateranense* (21 de octubre de 2006).

⁵⁶ FRANCISCO, *Discurso a los participantes en la plenaria de la CIVCSA* (28 de enero de 2017).

evangelizar el mundo, hambriento de verdad, la luz que ilumina al hombre sumido en la oscuridad. El mismo Papa Benedicto llegó a ser un punto de referencia privilegiado para comprender los retos a los que enfrenta la Iglesia de hoy día, los pastores que van a llevar el mensaje de salvación a todos los rincones de la tierra. En un mundo que no entiende de argumentos de fe, sobrenaturales, quizás la búsqueda de la verdad sea un lenguaje común que pueda abrir al hombre a descubrirse a sí mismo. En esta cruzada, el Papa no está solo, sino que sabe que toda la Iglesia y especialmente sus pastores, tienen que ser maestros de verdad en el mundo de hoy.